

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

Mi mejor juguete



Ramón Sopena
Provenza 95 Barcelona

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

Mi mejor juguete

F. CABAÑAS VENTURA



EDITORIAL RAMÓN SOPENA, S. A.

Provenza, 95. — BARCELONA

1937

Derechos reservados.

Mi mejor juguete



Hacía ya largo rato que brillaba el sol en el horizonte, y los cinco perritos que estaban con su madre en el cajón en que nacieron, no cesaban de moverse.

—¡Quietos, hijos míos!—les decía la perra—. No seáis impacientes, que tiempo tendréis sobrado para jugar. A los niños de la casa les agrada veros a mi lado cuando vienen a traerlos golosinas.

Pero los cachorros, desoyendo los consejos maternos, se incorporaron; dos saltaron del cajón y empezaron a jugar; otro, que también salió de la cama,

metió las patitas en un barreño con el propósito de tomar un baño; y los dos restantes, permanecieron al lado de la madre.

La perra incorporóse y, asomando la cabeza, dijo a los cachorros:

—En el pecado tendréis la penitencia...

Y así ocurrió, porque los niños de la casa sólo obsequiaron aquella mañana a los dos perritos que encontraron en el cajón.

Se debe ser bueno hasta por egoísmo, porque la desobediencia y el pecado sólo perjuicios ocasionan.

LEÓN Y MUSTAFA

—¿En qué piensas?—preguntó *Mustafá* a su hermano *León*, al verlo cabizbajo y silencioso.—¿Acaso has descubierto ya la manera de librarte de la tiranía de la raza humana?

—¿Acaso no tengo motivos para estar quejoso?

—Ninguno, hermano. Se nos alimenta opíparamente, nos colman de caricias y nos han adornado el cuello con un hermoso collar.

Así charlaban un día dos jóvenes perros-lobos, hermanos, que habían nacido en una finca rústica, cuyo dueño tenía dos hijos llamados Paquito y Lulú, de seis y ocho años de edad, repectivamente.

El niño se apoderó de uno y le puso por nombre *Mustafá*, y la niña se hizo dueña del otro, al que llamó *León*. A ambos se les daba buena comida y excelente trato; pero, como Lulú era muy traviesa y revoltosa, no cesaba de molestar a su perro tirándole del rabo y de las orejas.

Paquito, por lo contrario, era

muy juicioso y se divertía con su *Mustafá* sin hacerle sufrir. Le enseñaba a andar sobre dos patas, a correr tras él y otras cosas que al niño hacían reír.

Por esta razón *Mustafá* se consideraba feliz en aquella casa, mientras *León* creía ser el perro más infortunado del mundo.

—Ya sé cómo poner término a los malos tratos de que Lulú me hace víctima—dijo de pronto *León*

—¿Qué piensas hacer?—preguntó *Mustafá*—¿alguna perreía?

—Cuando me tire de las orejas, le daré un mordisco—repuso *León*, muy satisfecho de sí mismo, por la idea que acababa de ocurrírsele.

—¡Bárbaro!—exclamó *Mustafá*—. ¡Bien se conoce que eres perro! Tu amita te tira del rabo y de las orejas para reírse; pero sin la menor intención de molestarte.

—Pues yo haré que lo sepa, atravesándole una pierna con mis colmillos.



...charlaban un día dos jóvenes perros-lobos... (Pág. 4.)

—No harás esa barbaridad, *León*, porque no te la permitiré.

—Y a ti, ¿qué te importa?

—Me importa mucho, porque, si tú muerdes a la niña, se creará que yo soy capaz de morder al niño, y ambos sufriremos la misma suerte: nos arrojarán de esta casa, donde vivimos como príncipes y acaso nos veamos obligados a andar errantes, como los vagamundos.

—Hagan lo que quieran—replicó *León*—, no estoy dispuesto a sufrir más, y haré comprender a mi amita que no me agradan sus bromas.

—Para que comprenda eso bastará que le muestres la dentadura, pues cuando ella advierta que te enfadas, no te tirará más del rabo.

—Lo dudo, porque he oído decir—repuso *León*—que algunos muchachos disfrutan mortificando a los perros.

—Esos son chiquillos mal educados y de perversos instintos, que no merecen que se les tenga compasión.

Antes de que *León* tuviera tiempo de responder a *Mustafá*, presentáronse Paquito y Lulú, con una buena cazuela llena de comida cada uno, y la pusieron delante de su respectivo perro.

Los canes saltaron de gozo y antes de empezar a comer acarició cada cual a su dueño, quedándose *León* muy sorprendido al ver que Lulú, en vez de tirarle de las orejas, le pasaba las manos por la cabeza y lo abrazaba.

Pero cuando la sorpresa de *León* llegó al colmo, fué al ver que Paquito, después de acariciar a *Mustafá*, le daba unos cariñosos golpecitos sobre el lomo, diciéndole:

—Perdona a Lulú, amigo *León*, el sufrimiento que te ha ocasionado tirándote de las orejas. Ya no lo hará más, porque papá nos ha hecho comprender que no se debe maltratar a los animales.

—¿Lo oyes, hermano?—dijo entonces *Mustafá* a *León*—. ¿Tenía yo razón al asegurarte que tu amita era buena?

—Sí, tenías razón—repuso el perro filósofo—; pero, hermano, *en el mundo no basta ser bueno y tener corazón bondadoso, sino que, además, es preciso parecerlo.*

Y desde aquel momento Lulú, Paquito, *León* y *Mustafá* vivieron en paz y en buena armonía, como deben vivir los niños, unos con otros, sin rencillas ni rencores.



EL PERRO GENEROSO

Doña Emerenciana- era una señora de ochenta años de edad, que amaba mucho a su perro *Ali*, un galguito muy mono, de poca altura, tan bueno como lindo y habilidoso.

La señora, que era muy rica y no escatimaba a *Ali* nada de cuanto pudiera contribuir a su comodidad y buen trato, le había hecho un mullido almohadón de seda y sobre él dormía el galguito cómodamente.

Ali era, sin duda alguna, un perro excepcional. Agradecía los beneficios que su ama le dispensaba, pero hubiera estado

igualmente satisfecho con unos mendrugos por comida y un rincón para dormir.

Cuando salía de paseo con doña Emerenciana, lamía las manos de los niños harapientos y se mostraba indiferente a las caricias de los que estaban lujosamente vestidos.

—Eres un necio, *Ali*—le dijo un día un magnífico perro de la vecindad—. Mi amo, que es un niño muy bueno, te ha dado un golpecito amistoso sobre el lomo, y tú no has correspondido a su caricia.

—Tu amo—respondió *Ali*—

es un niño muy rico y si yo lo hubiera agasajado, habría creído que lo adulaba para que me hiciera algún obsequio.

—No hubieras ofendido a nadie con ello.

—Pero me habría rebajado, porque la adulación es cosa tan bochornosa, que hasta los hombres la denigran—explicó *Ali*.

—¡Orgulloso! No prosperarás en el mundo, si continúas observando esa conducta.

—No deseo prosperar—replicó *Ali* furioso—si para ello es preciso adular a los poderosos y envilecer a los humildes.

—¡Ay, amigo *Ali*!—exclamó el perro de la vecindad—. Tu conducta es sublime; pero no tendrá muchos imitadores.

—Te equivocas. Y para que te convenzas, te referiré lo que me ocurrió una tarde de la semana anterior.

—Habla, *Ali*. Te escucho.

—El día de referencia, mi ama, como siempre que brilla el sol y no hace frío, salió a pasear. Iba apoyada en el brazo de su doncella y yo caminaba a su lado dando saltitos y ladrando de gusto. Llegamos a una plaza, mi ama se sentó en un banco y yo me eché a sus pies. Confieso que tuve la debilidad de dormirme e ignoro cuánto

tiempo permanecí en brazos de Morfeo; pero lo cierto es que, al despertar, doña Emerenciana me obsequió, como todas las tardes, con un hermoso panecillo blanco y substancioso. Ya me disponía a tragármelo, cuando vi que en un banco situado frente al que ocupaba mi ama, estaba un niño, cuya demacración me reveló que la pobre criatura tenía hambre. Me acerqué a él y le puse el panecillo en la mano.

—Es un rasgo de generosidad que te honra.

—Pero entonces—continuó el galguito—ocurrió algo más extraordinario. Aquel niño llamó a otro arrapiezo que estaba cerca de allí y, cuando éste acudió, partió el panecillo en dos pedazos, entregó el mayor al pequeño y él se quedó con el resto.

—¿Y qué ocurrió entonces?

—Mi ama me abrazó y me obsequió con otro panecillo.

—Si supiera que había de obtener igual recompensa, también sería generoso.

—*Todas las buenas acciones son recompensadas, porque, aunque no produzcan beneficio material alguno, proporcionan siempre la satisfacción de haber realizado una piadosa obra de misericordia.*



...cuando el gallo y la gallina comen en la cazuela del perro... (Pág. 12.)

EL GRANO DE BENDICIÓN

Un turista, que en unión de varios amigos recorría la cordillera de los Alpes, fatigado por la marcha, quedóse rezagado y, separado de sus compañeros, tuvo la desgracia de extraviarse. La noche le sorprendió lejos de toda vivienda, y, extenuado y aterido de frío, dejóse caer sobre la nieve, encomendándose a Dios. Ya desesperaba de salvarse cuando sintió el aliento de un perro que se esforzaba por reanimarle. El turista pudo al fin incorporarse y con la ayuda del can consiguió llegar a un monasterio, cuyos monjes se han impuesto la misión de prestar ayuda a los desgraciados que se extravían entre las montañas y caen por los desfiladeros.

El caballero pagó por el perro una suma cuantiosa a los frailes, que no querían cederlo a precio alguno, y se lo llevó consigo poniéndole el nombre de *Salvador*.

En la actualidad el caballero y toda su familia, agradecidos

al beneficio prestado por *Salvador*, lo han instalado en una garita de madera, en el jardín, adonde va a visitarlo y a acariciarlo con frecuencia, Pedrín, el nene de la casa, que disfruta mucho jugando con él.

Pero no son las personas únicamente las que hacen frecuentes visitas a *Salvador*, sino también los animales, distinguiéndose por su asiduidad una gallina y un gallo, a los que cede muchas veces parte de su comida, con lo que consigue la gratitud de los beneficiados y da un ejemplo útil a su amigo Pedrín.

Este, cuando sea hombre, recordará lo que el perro hace y dará lo que le sobre a quien de ello haya menester.

Además, cuando el gallo y la gallina comen en su cazuela, sus amos le aumentan la ración; lo que demuestra *que la caridad no es semilla que se arroja al viento, sino grano de bendición que fructifica y produce el ciento por ciento.*



QUIEN SIEMBRA VIENTOS...

Rafaelito tenía muchos soldados de plomo, con los que se distraía colocándolos sobre una mesa en correcta formación y disparándoles bolitas de papel con un pequeño cañón de madera.

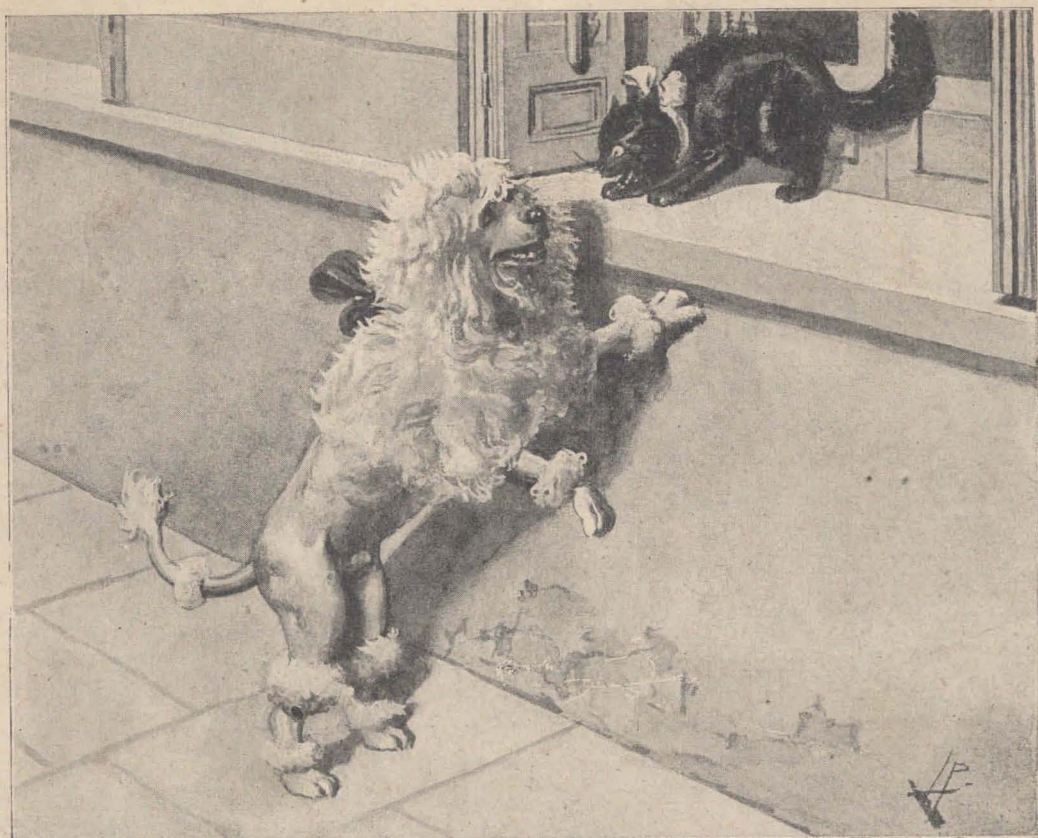
Su hermana Lili, que era algo envidiosa, quiso tener también un soldadito y, al efecto, vistió de militar un viejo muñeco de trapo.

Pero en la casa había un perro que quería tanto a Rafael como odiaba a Lili, porque ésta lo apaleaba; y el animal, para vengarse de este mal trato, se apo-

deró un día del muñeco y lo destrozó a mordiscos.

Lili empuñó un látigo para castigar al perro; pero éste fué a refugiarse al lado de Rafael, quien, para contener la furia de su hermana, le dijo:

—Si en vez de apalear continuamente al perro lo acaricias, él, lejos de ocasionarte el menor disgusto, te serviría de escudo y de defensa, porque has de saber que *quien siembra vientos no puede recoger sino tempestades y que no hay enemigo pequeño*. Sé buena para todos y todos serán buenos para ti.



RIVALIDAD

En una casa muy rica habitaba *Rigoleta*, un perro de aguas que odiaba a *Morito*, un gato negro que era vecino suyo.

Una tarde, encontrándose el perro a la puerta de su casa, apareció el gato en una ventana del entresuelo de la de enfrente.

Rigoleta vió a *Morito*; pero no le hizo caso.

El gato, por lo contrario, envalentonado por creerse seguro, gritó al perro:

—¿Me tienes miedo?

—¡Calla, imbécil—replicó *Ri-*

goleta—, si no quieres que te destroce de un mordisco!

—No puedes, aunque quieras, porque estoy muy alto y no alcanzas aquí con el hocico.

—Ahora verás si puedo o no —repuso el perro, que, inmediatamente, abandonó el portal de su casa, cruzó la calle y se plantó frente a la ventana en que se encontraba *Morito*.

Este, al pronto, retrocedió asustado; pero, luego, recobrando poco a poco el valor, se aventuró a decir:

—¿Para eso has venido hasta aquí? Sin duda temes que mis uñas te destrocen.

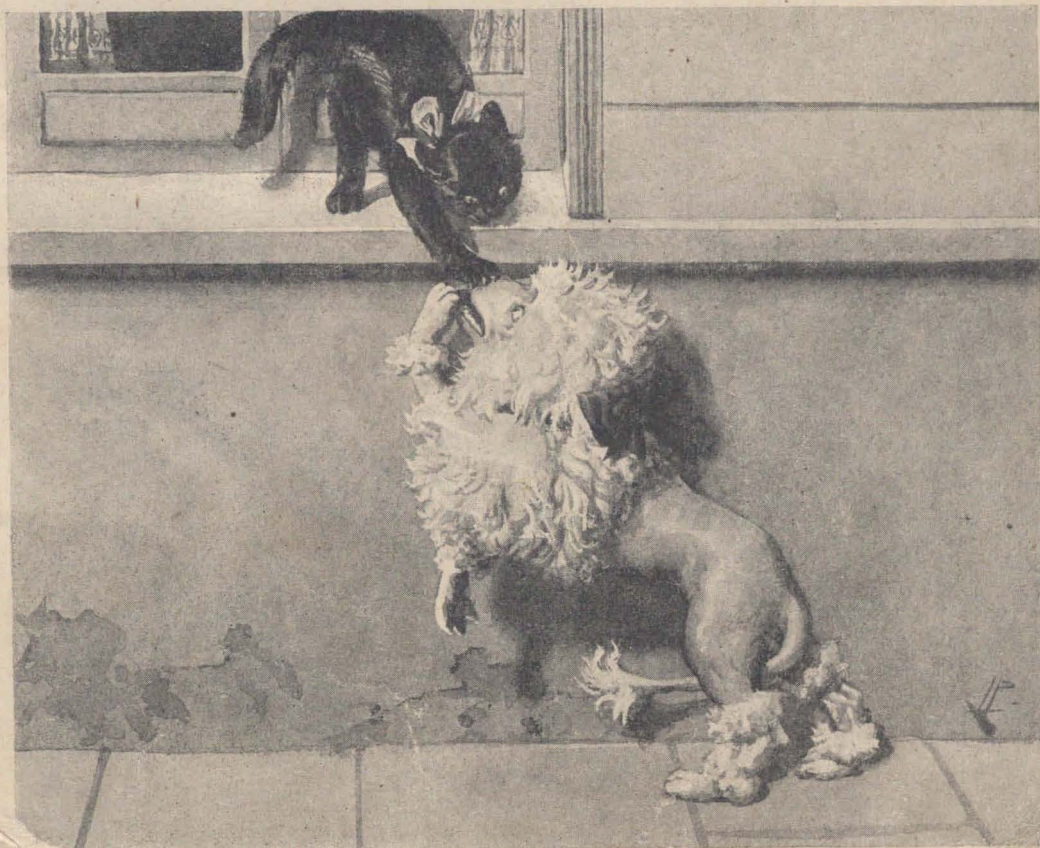
--¿Yo temerte?--replicó el can.

Morito no respondió; pero, envalentonado, extendió poco a poco una de sus manos, y, cuando *Rigoletto* menos lo esperaba, le clavó las uñas en el hocico.

El perro exhaló un aullido de dolor, llevándose una de las manos a la parte herida, y el gato, después de su hazaña, corrió a refugiarse en el rincón más oscuro de un desván.

—*No hay enemigo pequeño* —pensó el perro, mientras regresaba a su casa para curarse el hocico—. Este gato es un cobarde y jamás hubiera creído que se atreviera a hacerme frente ni aun a traición.

Desde aquel día *Morito* y *Rigoletto*, sin dejar de odiarse de igual modo que antes, no han vuelto a reñir, evitando uno y otro encontrarse, sin duda porque están convencidos de que *quien quita la ocasión quita el peligro*.





Los dos perros se aproximaron a la puerta y arañaron la tierra. (Pág. 17.)

LOS PERROS BURLADOS

Acababa de amanecer, cuando *Napoleón* y *César*, los dos hermosos perros de que era dueño Juanito, salieron a la calle en busca de aventuras.

La ciudad encontrábase aún entregada al sueño, y *César* y *Napoleón* no encontraron ningún transeunte.

A poco rato cruzóse con ellos en el camino, saltándoles entre las patas, el señor don *Roequeso*, un ratoncillo alegre y bullicioso que se había lanzado a la calle para disfrutar de la frescura de la mañana.

—¡Insolente!—increpó *César*.
—¿Cómo te atreves a saltar entre nuestras patas?

—¡Perdón!—suplicó el ratoncillo—. Ignoraba que mi pequeñez molestara a vuestra grandeza.

—No hay perdón para ti—repuso *Napoleón* enfurecido—. Nos has asustado y tienes que morir.

—¿De veras?—dijo don *Roequeso* poniéndose fuera del alcance de los dos perros—. ¿Y

sois vosotros los que me vais a matar? Me parece algo difícil.

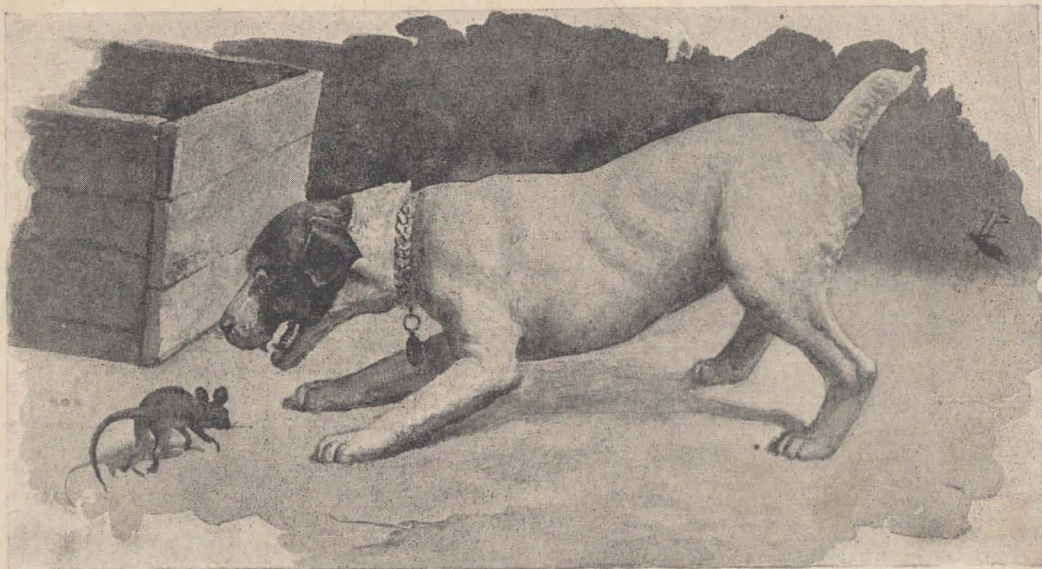
—¡Basta de discusiones!—dijo *César*, que era un perro prudente—. Dejemos al ratoncillo que se marche, porque no sería hazaña muy gloriosa para nosotros el vencer a enemigo tan pequeño.

—Puedes perdonarlo tú—repuso *Napoleón*—porque te llamas *César*; pero yo voy a despanzurarlo.

E inmediatamente avanzó hacia *Roequeso* con el propósito de darle un manotón.

Pero el ratoncillo, que no tenía un pelo de tonto, corrió con cuanta ligereza le permitieron sus patitas y se introdujo por entre los intersticios de una puerta cochera, desapareciendo de la vista de sus enemigos.

Los dos perros, al verse burlados, se aproximaron a la puerta y arañaron la tierra como si intentaran abrir un hueco para penetrar por él en la cochería, pero resultaron inútiles sus esfuerzos.



LA ASTUCIA DE ROEQUESO

El famoso perro *Napoleón*, de quien se había burlado don *Roequeso*, no queriendo dejar impune la ofensa, decidió castigar al insolente, a cuyo fin encaminóse al lugar en que el ratoncillo tenía su guarida y esperó que se presentara, lo que no tardó en ocurrir.

—¡Bien venido seas!—dijo el perro sonriéndose al ver aparecer a su pequeño enemigo.

Pero éste, que comprendió en seguida el peligro en que se hallaba de morir despanzurrado, afectando tranquilidad, repuso:

—Me alegro verlo, amigo.

—¿Cómo es eso?—preguntó el can.—¿No temes mi cólera?

—No; no le temo, porque sé que un señor tan poderoso no ha de rebajarse hasta el extremo de maltratar a un animalillo tan ridículo como yo.

Napoleón, al oír esto, se sonrió complacido. La adulación había producido efecto, y el can estaba desarmado.

Como este perro, hay muchos hombres.

Que la vanidad canina, cual la vanidad humana, suele ser tan poderosa que al enemigo desarma.



...el perro empezó a contemplar los platos, relamiéndose de gusto... (Pág. 20.)

LA VIRTUD A PRUEBA

—Mi perro *Leal* es el más fiel de cuantos en el mundo existen—aseguraba un día Pepito, hablando de las propiedades de los individuos de la raza canina.

Pero Rafaelito, que tenía otro perro al que quería mucho, sostenía, por lo contrario, que era el suyo el más inteligente, fiel y cariñoso de todos los canes.

—*Leal*—decía Pepito—es tan fiel guardador de la casa y tan sumiso y obediente a mis mandatos, que, aunque se le deje la despensa abierta, no entra en ella como no se lo mande.

—No dudo que tu perro haga cuanto dices—objetó Rafaelín—; pero falta saber si lo haría del mismo modo el día que estuviera hambriento.

- Respondo de su fidelidad, y, para que te convenzas, podemos hacer la prueba.

Y, efectivamente, Pepito encerró a *Leal* en el desván de su casa, y allí lo tuvo dos días sin darle ni un hueso para roer.

Al cabo de este tiempo, Rafaelito, que guardaba la llave

del desván en que *Leal* había sido encerrado, presentóse en casa de su amigo.

Sacaron los niños al perro del lugar en que estaba encerrado, y lo condujeron a una habitación, donde previamente habían puesto sobre una mesa algunos platos de carne y otras viandas.

Los niños salieron de la estancia y en ella dejaron a *Leal* después de decirle Pepito:

—Guarda estos platos y no comas hasta mi regreso.

—¡Guau! ¡guau!—respondió *Leal*, como si hubiera comprendido la orden que su pequeño amo le acababa de dar.

Pero, apenas se quedó solo en la estancia, el perro empezó a contemplar los platos, relamiéndose de gusto, hasta que concluyó por satisfacer el hambre que lo devoraba, no dejando más que los huesos.

El papá de Pepito, cuando se enteró del caso, dijo sentenciosamente:

—*La virtud no se debe poner jamás a prueba.*



...daba gusto ver a cuatro o cinco perritos caminar en dos patas... (Pág. 28.)

Pero la acordada serenata perruna quedó en proyecto, porque los canes, que, una vez, pudieron acudir a la convocatoria de su compañero el vagabundo, no lograron hacerlo la segunda; sus amos los encerraban todas las noches cuidadosamente, temerosos de que se escaparan y cayeran en los lazos de los perseguidores municipales.

El alcalde no fué obsequiado con la serenata de ladridos proyectada; pero, en cambio, durante varias noches consecutivas, los canes alborotaron las casas de los dueños, desde las perre-ras en que estaban encerrados.

Y fué peor el remedio que la enfermedad, porque el vecindario, atemorizado por los ladridos que se oían en todas las casas, solicitó de las autoridades que no se permitiera en la ciudad ni un solo perro.

¡Y aquí fué Troya! Ante tal amenaza, todos los canes se apercebieron para la defensa, y empezaron a aprender el ejercicio militar, por si se veían obligados a sostener una descomunal batalla con los hombres.

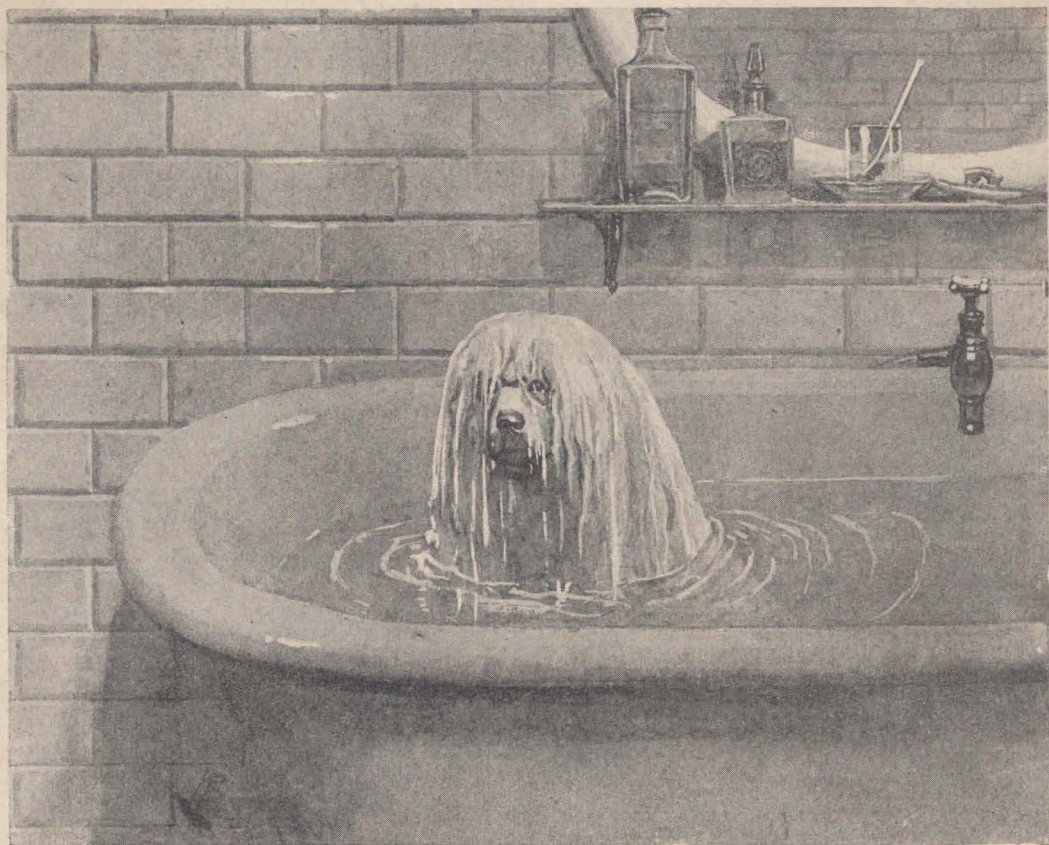
Por esta razón, *Valeroso*, magnífico ejemplar de la raza canina, propiedad de un general, con quien había asistido a varias operaciones de guerra, y que

además tenía instintos belicosos, creyóse obligado a tomar la iniciativa y empezó a recorrer las casas contigua a la suya, reclusando adictos.

Y pocos días después, daba gusto ver a cuatro o cinco perritos caminar en dos patas con la seriedad de los veteranos de un numeroso ejército. Es verdad que el cansancio les obligaba la mayor parte de las veces a llevar la lengua fuera; pero esto no quitaba vistosidad al cuadro, porque, como todos eran perros de casas grandes, llevaban al cuello hermosos lazos de seda, con los que estaban muy lindos.

Como todo tiene término en la vida, también lo tuvo el período de instrucción del ejército perruno, y *Valeroso* vióse obligado a declararlo apto para sostener una encarnizada batalla con los hombres, sus naturales enemigos.

Pero la batalla no llegó a darse, porque cuando los perros estaban a punto de declarar la guerra, fueron vistos en el campo de instrucción por unos cuantos niños que, encantados con la habilidad y gracia de aquéllos, los obsequiaron con numerosos mendrugos de pan, que a los improvisados soldados les supo a gloria.



TODO ABUSO ES PERNICIOSO

Carmencita tenía mucho cariño a su perro *Diamante*.

Y *Diamante* quería mucho a su ama Carmencita.

Pero el perro era celoso y recibía con ladridos de furor a Julio, un joven muy simpático, primo de Carmen, que visitaba a ésta con mucha frecuencia.

Sin embargo, como *Diamante* observó que siempre que Julio visitaba a la joven, le regalaba una caja de bombones, y él participaba del obsequio, fué poco a poco amistándose con él.

Esta amistad con Julio le fué provechosa, porque el joven empezó a llevar al perro no pocas golosinas, además de los bombones que regalaba a la primita.

Pero el perro hizo, además, otra observación. Su ama pasaba más tiempo en el gabinetetocador y se acicalaba más los días en que recibía la visita de Julio, de lo que el pícaro perro dedujo que al primito le agradaban el aseo y la pulcritud.

—Es preciso tener contento al joven que *nos* visita—pensó

Diamante—porque, si se llega a enfadar, nos quedaremos sin bombones.

Y desde que se hizo esta reflexión, siempre que veía que su ama se acicalaba más que de ordinario, poníase *Diamante* ante ella y, por medios muy ingeniosos, le hacía comprender que deseaba que lo lavase y que le pusiera al cuello un lazo de seda nuevo.

Pero Carmencita, que no quería practicar esa operación, por no descomponer su propio tocado, confiaba este trabajo a una criada, que solía desempeñar la comisión mal y aprisa.

Y ocurrió lo que forzosamente tenía que ocurrir: que una tarde en que Julio fué a visitar a su primita, *Diamante* no salió a recibirlo como acostumbraba; y el joven, que entró en la casa con unos cuantos terrones de azúcar en la mano para obsequiar al perro, tuvo que guardárselos en el bolsillo hasta mejor ocasión.

Aquel día no había tenido tiempo Carmencita de acicalarlo; la sirvienta no lo acicaló tampoco, por creer que ya estaba lo suficientemente limpio y *Diamante*, sin encomendarse a Dios ni al diablo, entró en el cuarto de baño de su ama y se zambulló en la pila.

Y allí, quietecito, sin moverse, hubiera permanecido horas enteras, a no haberlo visto una criada, que penetró en el cuarto de baño.

—¡Condenado perro!—exclamó la sirvienta—. ¡Meterse de sopetón en la bañera de la señorita! ¡Fuera de ahí, *Diamante*!

Pero *Diamante* soltó unos cuantos ladridos con los que quiso decir: «No me da la gana», y permaneció dentro del agua.

—Después de todo—agregó la sirvienta, reflexionando—, no debo reñirle. ¡Quizá le haga gracia a la señorita esta barrabasa del perro!

Y salió a notificar el suceso a Carmencita, quien no tardó en presentarse en el cuarto de baño.

Al ver la seriedad con que *Diamante* estaba dentro del agua, se echó a reír, le dió bombones y, luego, le dijo:

—El aseo no sólo es conveniente sino necesario. Da salud y predispone al alma a sensaciones agradables; pero no conviene abusar del baño, porque éste debilita el organismo. *Todos los abusos son perniciosos, y aun las cosas más útiles y convenientes perjudican, si de ellas se hace un uso inmoderado o inoportuno.*



LA BELLEZA DE FEÚCHO

Matilde tenía un perro grifón al que había dado el nombre de *Feúcho*, porque, efectivamente, era bastante feo, aunque muy inteligente y gracioso.

—¡*Feúcho*, ven aquí!—decía Matilde, llamándolo.

Y el animal acudía solícito, moviendo el rabo o dando saltitos de alegría.

Pero los perros y los gatos de la vecindad empezaron a reírse de *Feúcho* y a evitar su compañía como si fuera un apesadado.

—¿Por qué se apartan de mí esos imbéciles?—preguntábase a veces *Feúcho*, sin acertar a responderse de una manera satisfactoria.

Al fin, un perro, más compasivo que los demás, le dió la explicación ansiada, diciéndole:

—Huímos de ti, porque nos avergüenza que un individuo de la raza canina responda, sin enojarse, cuando le llaman *Feúcho*. Que los hombres te den ese nombre tan despectivo, no nos sorprende, pero que tú no la-

dres ni muerdas a quien te ofende es cosa que no debemos ni queremos tolerar.

—¡Oh! A mí me parece muy bonito mi nombre—respondió *Feúcho*—, y cuando mi ama, que me quiere mucho, me lo ha puesto, no debe ser tan despreciable como dices.

—¡Calla, necio! ¿No comprendes que te ha puesto ese nombre por burlarse de ti?

—¿Pues qué significa la palabra *Feúcho*?

—¡Ah! ¿No lo sabes? Pues *Feúcho* significa *guauuu, gua*.

—¿*Guauuu, gua*?

—Eso mismo. Ya ves que es una ofensa.

—Sí, en efecto. *Guauuu, gua* significa horriblemente feo.

Y *Feúcho*, después de esta explicación, marchóse a su casa con el rabo entre piernas y gravemente preocupado.

De pronto, recordó haber oído un día hablar a su ama de una cosa que se llamaba espejo, que reflejaba las imágenes de cuantas personas y objetos se ponían delante, y en el acto resolvió contemplarse, para ver si efectivamente él era o no feo.

Y yendo de acá para allá, después de muchas vueltas y revueltas, entró al fin *Feúcho* en

una habitación en la que, adosado a la pared, había un espejo hermosísimo.

Con el deseo vivísimo de quien anhela resolver pronto una duda que lo atormenta, dirigióse al mueble y quedó profundamente sorprendido al ver marchar en dirección a él otro perro grifón, de su mismo tamaño y hasta de su misma figura.

—¿Qué es esto?—pensó *Feúcho*—. ¿Acaso soy yo este perro que se ve aquí?—Y, después de reflexionar breve rato, agregó--: Si soy yo efectivamente, tienen razón en decir que soy un animal muy feo porque...

Y no pudo proseguir, porque en aquel momento entró en la estancia Matilde, que, al ver al animal, exclamó con júbilo:

—¡Oh, qué precioso es mi *Feúcho*! ¿Te estás mirando en el espejo? ¿Verdad que eres muy feo, lindísimo? ¡No te apures, tonto! No importa que tu figura sea más o menos bella; tienes cualidades que hacen de ti el ejemplar más estimable de la raza canina.

La belleza física importa poco; es la belleza moral la que merece estimación, porque ésta es eterna e imperecedera y aquélla es transitoria y deleznable.



MI PRIMER LIBRO

POR

MAGDALENA FUENTES

LA CASITA DE MUÑECAS

La futura duquesita de Aranzales acababa de salir del colegio, después de obtener un premio extraordinario.

Al regresar a su casa solariega de Madrid, su abuelita, que la adoraba, le dijo, sonriente:

—Sol, hija mía, estoy muy satisfecha de tu aplicación y, para complacerte, te concederé lo que me pidas.

—¡Qué buena eres!—exclamó la niña depositando en el rostro de la dama millares de besos.

—Dime—agregó la anciana—: ¿deseas algo?

—Sí, abuelita; deseo una casa de muñecas.

—Bien, tú misma puedes elegirla a tu gusto.

Y, dicho esto, la anciana entregó a la institutriz de Sol una suma relativamente importante y le ordenó que acompañara a la duquesita al bazar de juguetes mejor surtido.

Institutriz y educanda fueron a la casa de Medel, situada en la Gran Vía.

—¡Oh, qué maravilla!—exclamó Sol al entrar en el establecimiento y contemplar la variedad de juguetes que allí había.

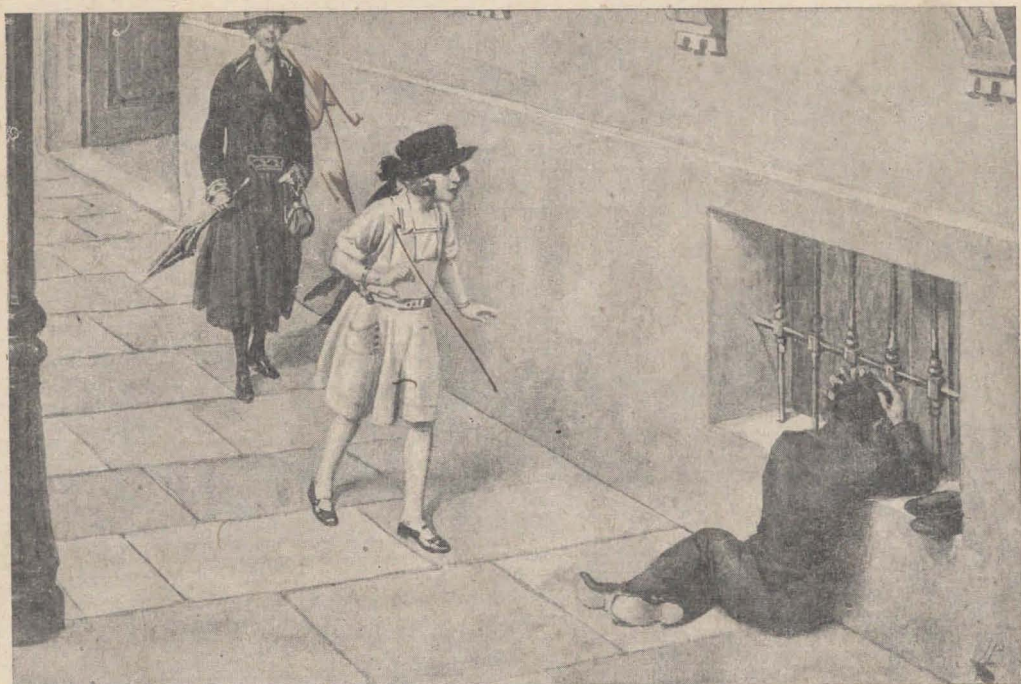
La niña compró los objetos necesarios para amueblar la casita de muñecas con que ella soñara, sin olvidar utensilio alguno de los que suele haber en una vivienda aristocrática.

En su atolondramiento y regocijo iba a dar por terminadas las compras, cuando la institutriz le advirtió que debía adquirir también los moradores del soñado palacio en miniatura.

—¡Es verdad!—repuso la niña, quien se apresuró a solicitar que le mostrasen muñecas; pero eran éstas tantas y tan lindas, las había de tan diversos tamaños y caritas tan variadas, que no se atrevía a elegir.

Al fin la institutriz le ayudó a salir del paso y pocos minutos después regresaba a su palacio llevando consigo una familia de preciosas muñequitas.

—Qué, ¿ya tienes casa de muñecas? ¿Estás contenta, hija



mía?—preguntó a Sol la anciana duquesa, al verla regresar.

—¡Contentísima, abuelita!—respondió la niña, quien agregó mostrándole los juguetes comprados:—¡Mira, qué cosas más preciosas! He tenido buen gusto, ¿verdad, abuelita?

—Efectivamente —respondió la dama—; tienes buen gusto; pero has incurrido en un olvido.

—Pues, ¿qué me falta?

—Has comprado muebles y familia que habite tu casa... pero, ¿dónde está la casa?

—¡Ay!—exclamó Sol con desconsuelo—. Se me ha olvidado lo principal, y ¡tan preciosas como son las casitas que venden en el establecimiento que he visitado!

—Ese olvido quedará pronto subsanado—dijo la anciana.

Y, entregando nuevamente dinero a la institutriz, le ordenó que volviera a acompañar a la duquesita al comercio.

Sol se lanzó a la calle; pero, al poner los pies en el umbral de su palacio, oyó un prolongado sollozo infantil, y vió, apoyado en una de las rejas del edificio, a un niño acongojado y tembloroso.

—¿Qué te pasa, Pedrín?—le preguntó familiarmente al reconocer en aquel niño a un *botones* de su casa.

—No me creará, señorita—respondió el chiquillo—. Le parecerá un pretexto...

Tan de corazón insistió la niña que el muchacho confesó por último:

—Me han mandado a unas compras con un billete de veinte duros...

—¿Y lo has perdido?—adivinó la niña con su generosa vehemencia.

—Casi me ha cogido un automóvil... mire cómo estoy de barro... Me rodeó la gente, y, cuando se me pasó el susto, había perdido el dinero.

—¿Y por eso lloras?

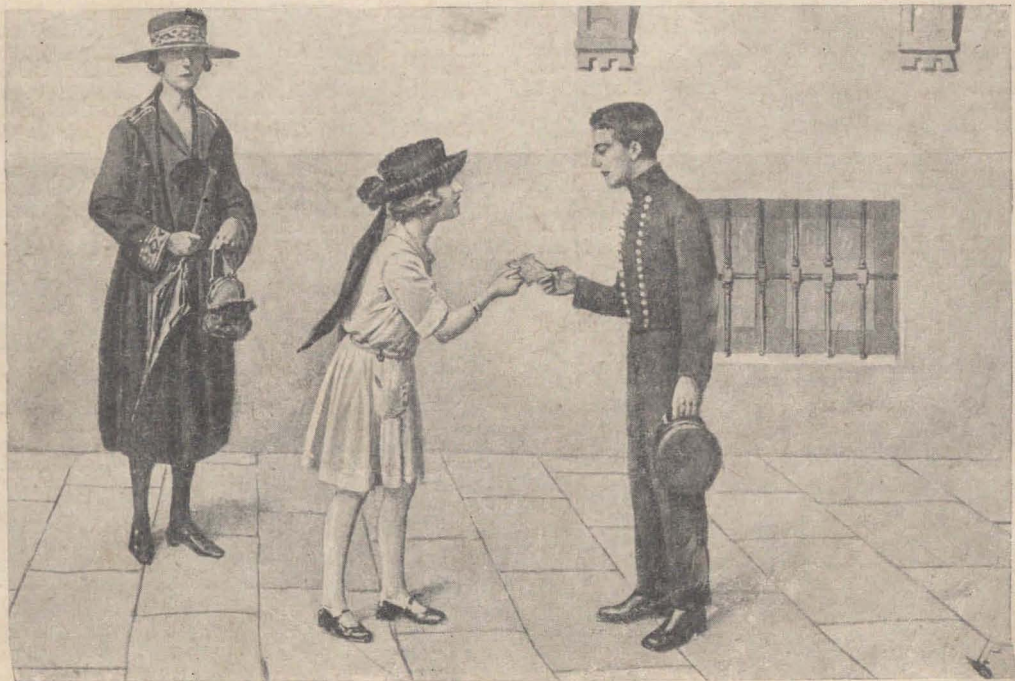
—¡Figúrese usted! soy inclusero, no tengo familia, los criados me maltratan y ahora... ahora me darán una paliza y me mandarán al hospicio donde me

castigarán y me avergonzarán por ladrón.

Solita, que luchaba desde un principio con los nobles impulsos de su alma, arrebató el bolsillo a la institutriz, y, sacando un billete de cien pesetas, se lo entregó a Pedrito, exclamando:

—Te lo doy con todo mi corazón, porque es mío.

Enterados por la institutriz del generoso arranque de Solita, todos sus parientes quisieron rellenar su hucha; mas la anciana duquesa lo prohibió severamente, pidiéndoles que no privasen a la niña del santo goce de aquel sacrificio. Y Sol de Aranzales no llegó nunca a tener casita de muñecas.



UNA MULTA

Uno de los jardines más renombrados de Europa y uno de los lugares más típicos y encantadores de París, es la enorme avenida formada por los jardines de las Tullerías y de los Campos Elíseos, que va a perderse en las frondosidades del famoso bosque de Bolonia. Forma como un oasis de vegetación y de paz entre el vértigo de ruido, de movimiento y de lujo que invade tan espléndido barrio, y es, por eso, uno de los paseos más frecuentados por los niños, que embellecen, como flores humanas, la larga franja de jardines.

La infancia, ajena al peligro, a la inquietud y a la ambición, juega y ríe sin advertir, en su feliz ignorancia, los dolores que pasan a su lado, y, por eso, los niños que atronaban el aire con sus juegos una hermosa tarde de primavera, apenas se fijaron

en una anciana venerable, cuyo velo de luto transparentaba aún las huellas de una espléndida belleza, marchita por los años y los pesares.

Vagando como una sombra, seguida de otra dama enlutada, llegó a los jardines de las Tullerías, fijó los ojos en el soberbio palacio, antigua residencia de los reyes de Francia, y dos lágrimas lentas, que brotaron contra su voluntad, surcaron sus arrugadas mejillas. Impulsada por felices recuerdos de otros tiempos, inclinóse y cogió una flor que llevó conmovida a sus labios, como quien besa una reliquia, ocultándola después, con mano temblorosa en su pecho.

Un guarda del jardín, que observaba a la dama, dijo bruscamente, cortándole el paso:

—Habéis faltado a las ordenanzas y debéis pagar la multa consabida.

La anciana se llevó al bolsillo la mano trémula.

—¿Cómo os llamáis?— preguntó el guarda disponiéndose a escribir el ingreso en el cuaderno de multas.

—Eugenia—respondió la aludida.

—Eugenia ¿qué?— volvió a preguntar el celador groseramente.

—Eugenia de Montijo, emperatriz de los franceses—respondió, sin poder dominarse, la dama de honor que acompañaba a la anciana.

Efectivamente, aquella viejecita, abrumada, desfigurada por la edad y los dolores, había sido el orgullo de España, la envidia

de Europa, y, más que como emperatriz, había brillado en el mundo como reina de la moda, por su elegancia verdaderamente soberana y por su ingenio, genuinamente español.

Pero el guarda, demasiado joven para haberla conocido en sus días de gloria, se encogió de hombros, apuntó el apellido y cobró la multa.

Eugenia de Montijo, esposa del emperador Napoleón III, no podía coger una flor de los jardines de su antiguo palacio. Aprended, pensando en ella, que la fortuna es tan mudable, que nadie puede envanecerse de sus riquezas, de su posición ni de su apellido.



...seguida de otra dama enlutada, llegó a los jardines de las Tullerías... (Pág. 38.)



Un guarda del jardín, que observaba a la dama, dijo bruscamente... (Pág. 38.)

—¿Qué haces aquí?—preguntó de repente una voz, a sus espaldas.

El asombro del niño se convirtió en alegría al reconocer a su padre, el cual volvió a preguntar señalando a los paquetes:

—¿Cómo has podido comprar nada si no tienes dinero?

—He vendido todas mis fototipias, porque me daba mucha pena que Nina encontrase como el año pasado, vacía su bandeja.

Su padre añadió enternecido:

—Y tú ¿no esperas nada?

—No—respondió Luisito tristemente.

—Pero ¿qué te gustaría?

—Varias cosas...

Le pareció cruel confesar la verdad. Temió que su padre se entristeciese y guardó silencio.

—Te encantan esos aeroplanos, no lo niegues...

—¡Ya lo creo! Si los Reyes se acordasen de nosotros, les

hubiera pedido uno para mí, y para Nina aquel hermoso bebé y aquella cocina económica, en que casi se podría guisar de verduras.

—¡Sí que es bonita! pero... vete a casa porque me enfadaré si, cuando llegue, no te encuentro.

La impaciencia desveló a los niños al amanecer del día de Reyes. Casi desnudos corrieron a la ventana y lanzaron un grito de alegría. Sobre las frías losas se destacaban las chucherías compradas por Luisito, y, sobre ellas, el hermoso aeroplano, el bebé y la cocina económica. Pero el contento de todos fué mayor cuando hallaron otra prueba de la generosidad de los Reyes, que era ¡quién lo creyese! para su padre y consistía nada menos que en el codiciado nombramiento que, al pasar por Madrid, habían arrancado los Reyes magos a los reacios y olvidadizos políticos.



DEFECTO ANTIPATICO

Marilí celebraba su santo, y, como era la niña mimada de su numerosa familia, su cuarto parecía un bazar; en su casita de muñecas no cabía un mueblecito ni faltaba un detalle; en las mesas, en el armario, hasta en el



...registrando un cajón. (Pág. 47.)

tocador se apiñaban los más primorosos juguetes. Y como Marilí era buena y generosa, quiso compartir sus regalos con sus amiguitas. Precisamente estaban convidadas a merendar y fueron llegando alegres, traviesas, proyectando diabluras, para divertirse. Marilí, con permiso de su bondadosa mamá, las fué obsequiando: a una, que, por ser más pobre, iba mal vestida y llegó con las manitas ateridas de frío, le regaló un precioso manguito; a otra, cuya muñeca habían roto entre todas para ver lo que tenía dentro de la cabeza, le entregó un lindo bebé que lloraba y reía; a otra, que se las echaba de artista, una caja de pinturas; a una amita de casa, que ya sabía hacer chocolate y golosinas, para las meriendas, le regaló una cocina económica; a otra, muy presumida, un espejo.

—¿Qué le guardas a Pepita?
—le preguntó su madre.

Marilí quedó desconcertada; no se había acordado de la amiga ausente.

—Debías castigarla—le dijeron—por su curiosidad. Cuando nos mira, parece que nos desnuda para ver lo que llevamos debajo.

—Yo la encontré en mi casa registrando un cajón.

—Y yo mirando por el quicio de una puerta.

—Vamos, hijas mías—exclamó la madre de Marilí—no seáis criticonas. Es muy feo hablar mal de las amigas ausentes. Perdonadle ese defecto, por lo mismo que vosotras tendréis otros más graves.

Las niñas obedecieron en apariencia, mas apenas salió la dueña de la casa para prepararles la merienda, tramaron una conspiración infantil, y, bajo, muy bajito, para que nadie se enterase, ultimaron su travieso plan. Unas reían, otras saltaban palmoteando; todas gozaban con la sorpresa que preparaban a Pepita y se desesperaban temiendo que no llegase. Impacientes, nerviosas, se asomaron al balcón y la vieron venir lentamente, volviéndose para fisgonear a todos los que pasaban. Subió por fin,



y casi enferma de curiosidad, miró todos los juguetes, desarregló la casa de muñecas, abrió los frascos de perfume, en su afán de olerlo y fisgarlo todo. Entonces le enseñaron los regalos que les había hecho Marilí.

—A tí te guarda el mejor, el más precioso—gritaron todas.

—¿Cuál es?—preguntó febril de puro impaciente.

—Está encerrado en esta caja, pero, en castigo de lo mucho que nos molestas husmeándolo todo, te damos el regalo con una condición: que no has de verlo hasta llegar a tu casa.

—¡Vamos a merendar!—añá-

dieron a coro saliendo del gabinete.

Pepita se quedó sola, a propósito, y, sin poder dominarse, rompió la cinta que ataba el paquete y abrió violentamente la caja. Pero en vez de las preciosidades que esperaba hallar en su interior, al levantar la tapa saltó, por medio de un resorte, un extraño animalucho que fué a chocar contra la cara de Pepita, dejándola corrida y asustada, mientras las otras niñas, ocultas entre los cortinajes, prorumpían en estrepitosas risas al ver castigada su curiosidad o

corrían a contar lo sucedido a la madre de Marilí.

La indulgente señora llegó precipitadamente, y, después de reprender a las niñas por burlarse de una compañera, dijo a Pepita:

—Que esta ligera broma sirva para corregirte antes de que ese defecto te haga antipática; porque la curiosidad, hermana de la chismografía, produce tal desconfianza y temor que todos huyen del curioso como se huye de los espías y de los murmuradores que turban la paz de las familias.





LA OVEJA Y EL CORDERITO

Lorenzo, hermoso y compasivo niño de siete años, pide con lágrimas en los ojos que no maten a un blanco y tierno corderito delante de su madre, una hermosa oveja, que bala tristemente.

—¿Qué más da?—pregunta el pastor que cuida del rebaño.

—Piensa en lo horriblemente que sufriría tu madre si te mataban delante de ella—responde el niño.

—Pero no es lo mismo... porque son animales.

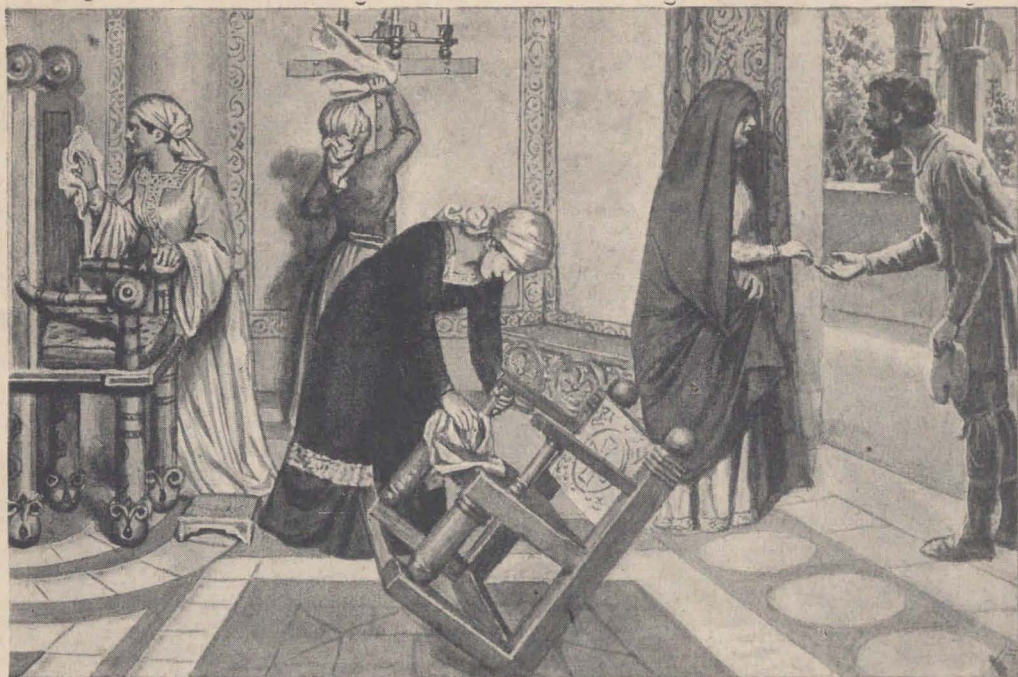
—También los animales su-

fren...—insiste el niño casi llorando.

—Tiene razón, Lorenzo—replica el maestro que presencia la escena.

—También los animales sienten y quieren a sus crías; por eso no debéis ser crueles atormentándolos sin necesidad como cuando maltratáis a las mulas y a los perros o cazáis los pájaros.

En los exámenes de aquel año, Lorenzo, por su buen corazón, recibió un premio especial de la Sociedad Protectora de Animales.



EL TRABAJO OBLIGATORIO

El hogar de Carlomagno, célebre emperador de Francia en la Edad Media, era un modelo de orden y laboriosidad. Su mujer y sus hijas cuidaban las ropas y los muebles, pagaban a los criados, reunían provisiones y vigilaban el trabajo y la despesa. Y, como el orden y la economía facilitan las obras de caridad, entregaban a los pobres el importe de la venta de las frutas y legumbres de las huertas imperiales.

Cuando seáis amas de casa, imitad a las hijas de Carlomagno

y también a la más excelsa reina, a Isabel la Católica, que lo mismo hilaba para surtir de ropa a su familia, que escribía animando a sus más humildes soldados, lo mismo preparaba los maravillosos equipos de sus hijas que resolvía las más arduas cuestiones de gobierno, repitiendo esta frase, ratificada con su ejemplo: «Los reyes que deseen reinar, han de trabajar».

Y si reinas y princesas tan ricas y poderosas trabajaron tanto, ¿quién se atreverá a vivir ocioso?

GUARDAS INFANTILES

En un hermoso parque de Suiza se alzaba una estatua, rodeada de macizos de flores sobre una alfombra de hierba tan lisa y recortada que parecía un verde y sedoso terciopelo.

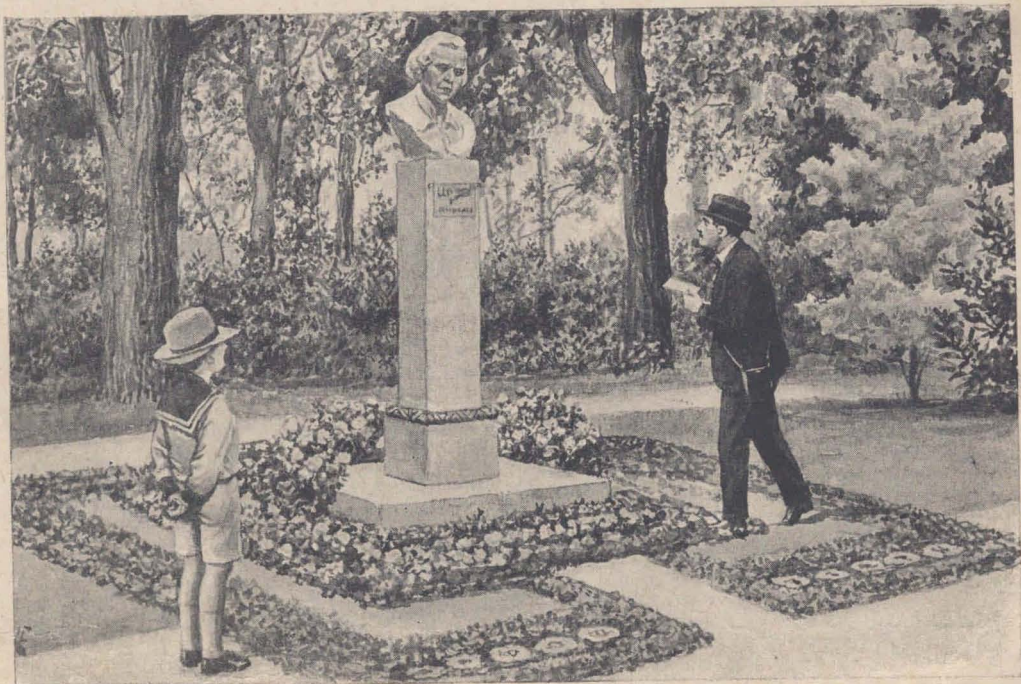
Un extranjero, corto de vista, queriendo ver mejor el monumento se acercó a él descuidadamente, pisando sin querer la hierba y las flores, y, después de contemplar detenidamente la

estatua, comenzó a copiar la inscripción escribiendo sobre el pedestal.

Entonces un niño de ocho a diez años, que no había cesado de mirarle, le preguntó, quitándose cortésmente el sombrero:

—¿Entiende usted lo que aquí hay escrito?

—Sí, hermoso—le respondió el viajero con sorpresa.



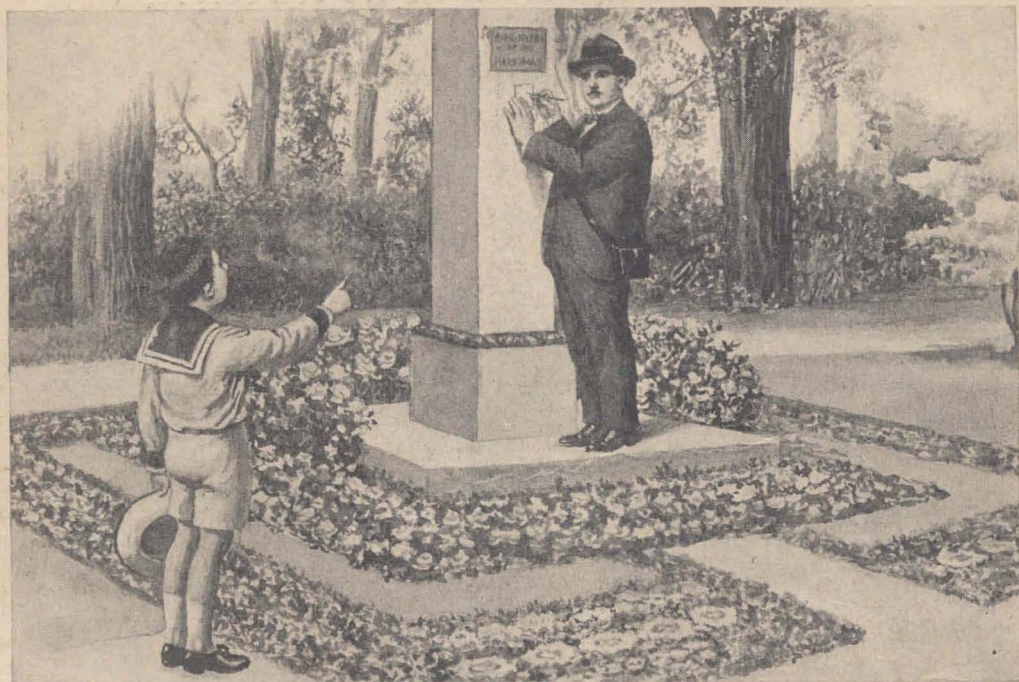
—¿No dice que este monumento está confiado a la custodia del pueblo suizo?

—Bien ¿y qué?

—Que, como soy suizo, no consiento que nadie pueda estropearlo ni pisar las flores que le adornan.

Imitad tan patriótico ejemplo, amad las maravillas que la Naturaleza y el arte han acumulado en España, y, en vez de coger nidos y matar pájaros, en vez de destrozar los árboles y las plantas, en vez de ensuciar las calles

y cegar las fuentes, en vez de profanar los monumentos con palabras y pinturas groseras, convertíos en guardas voluntarios de las bellezas de nuestra patria y repetid, con noble dignidad, como el niño suizo, que también nuestros jardines, nuestras estatuas, nuestras portentosas catedrales están entregadas al amor y a la custodia del pueblo, y que, por ser españolas, por ser nuestras, no consentís que nadie las deteriore o las destruya.



...le preguntó, quitándose cortésmente el sombrero... (Pág. 51.)

TOTITO

Yo creo que los días más alegres del año son los de Navidad; se anuncian con el estrépito de panderetas y zambombas, y los escaparates de las confiterías son tan tentadores que, muchas veces me entran ganas de lamer el cristal, por si está contagiado de dulces. Este año esperábamos las vacaciones de Pascua con mucha ilusión: papá las deseaba para descansar de sus trabajos habituales, mamá y la abuelita por creer que les regalarían muchas cosas y tendrían que gastar menos dinero; los chicos soñábamos con que nos regalasen muchos dulces, cajas de jalea y mazapán, frutas en almíbar... mi madre decía que era mejor que nos llevasen aves, un pavo, un pavo sobre todo, para el día de Pascua.

Pepito pasaba muchos ratos en el balcón, y, cuando veía venir por la calle a alguna criada con

aves o paquetes, nos llamaba muy ufano y todos nos lanzábamos a la escalera, todos, hasta Totito, nuestro perro, que, ladrando al vernos tan bulliciosos, parecía preguntar también si las aves que oía cacarear eran para nosotros. Pero pasaron los días y sólo nos llevaron un barril de aceitunas y unas botellas de Jerez, sin que pareciese el anhelado pavo. Por fin, cuando ya nadie lo esperaba, llegó; sólo que no era pavo sino una gallina muy blanca y muy mona. Entramos triunfalmente con ella; Totó saltaba delante de nosotros ladrando alegremente; Pepito chillaba buscando a mamá. Estábamos tan encantados con ella que no sabíamos dónde colocarla; la queríamos meter en un cesto con un almohadón, pero no nos dejaron; por fin la pusimos en un barreño grande en el suelo de la cocina: en seguida le



Entramos triunfalmente con ella; Totó saltaba delante de nosotros... (Pág. 57.)

echamos granitos de trigo, comprados previamente para que no se adelgazase el soñado pavo, hasta le pusimos una taza de agua dentro del barreño, pero la tonta de la gallina empezó a aletear y se mojó, la pobre. Totó no se separaba de nosotros; al pronto creímos que se iba a tirar sobre la gallina y que ésta se defendería a picotazos, pero no pasó nada de esto. Al principio la miró con curiosidad, después se acercó poco a poco, y, apoyando sus patitas delanteras en el barreño, inclinó su monísima cabecita sobre la gallina y la contempló largo rato; después se sentó al lado suyo y ni para comer se separaba de allí. De-

cíamos que la estaba custodian-do, porque si nos acercábamos a ella, nos gruñía. Pedimos que no la matasen ¡era tan mona! parecía una paloma grande... nosotros la cuidaríamos muy bien; mas era imposible; no teníamos corral y decidieron los mayores que había que matarla, aunque nos concedieron un par de días de tregua, un par de días en que no hicimos más que atormentar al pobre bicho a fuerza de mimos y cuidados. Pepito se empeñaba en hacerle comer turrón, Matilde en darle caramelos y Totito, que seguía siendo su guardián, nos gruñía y hasta nos enseñaba los dientes cuando molestábamos a su amiguita. No

se separaba de ella ni para dormir, y, cuando le echábamos un trocito de pan, lo cogía con mucho cuidado e inclinando su cabecita sobre el borde del barreño, lo dejaba caer sobre la gallina que lo picoteaba con ansia.

Por fin la criada se dispuso a ejecutar la sentencia y cogió el ave; Totó se tiró a ella, la desgarró el vestido y comenzó a aullar lastimosamente... yo salí horrorizado. Totó, el pobre Totó parecía llorar con su constante aullido, triste muy triste, y Pepito que, como quiere ser médico se empeñó en ver por dentro la gallina, nos dijo después que el perro tenía los ojitos llenos de lágrimas.

Al día siguiente ya no se acordaba nadie del suplicio de la pobre gallinita blanca; mamá la guiso por sí misma, y, cuando sentados a la mesa, vimos aparecer la humeante fuente de pepitoria, aplaudimos entusiasmados, deseando saborear el ave. Sólo Totito andaba triste y receloso, y, cuando pusimos en un plato los huesos para que participase del festín vimos que los olía y los contemplaba tristemente sin llegar a probarlos. «Totito, sólo Totito ha sido fiel a su amiguita» —pensé yo y me entró una pena muy grande al ver que los animales nos enseñan muchas veces a los niños a tener compasión y ternura.





LOS CAPRICHOS INÚTILES

Emilia es una niña mimada que sacrifica a sus padres con sus exigencias y caprichos. No puede entrar en un bazar, porque se le antojan todos los juguetes; no puede pasar por delante de una confitería, porque le apeteecen todos los dulces; no puede ir a un teatro, porque se cree desgraciada al ver otras niñas más ricas y lujosas.

Un día se obstina en que le compren una pulsera de moda; su madre se niega, diciéndole la verdad: que pasan mil apuros

para vivir porque su padre está cesante y no tienen dinero. Emilia insiste en su capricho, respondiendo que aquella pulsera vale muy poco. Su madre le contesta prudentemente que, con aquella cantidad, puede comprarse algo útil, puede comer algún pobre.

—No olvides nunca—le dice, sacándola a viva fuerza del comercio—la célebre sentencia de un gran sabio: «Una cosa inútil es siempre muy cara, aunque cueste una friolera».

COMO PERROS Y GATOS

La alegre casita de campo, tan blanca como la nieve de la sierra y con tejado tan rojo como las amapolas de los trigales, era el refugio de los pobres, que nunca cruzaban su puerta sin hallar socorro, y, de puro hospitalaria, parecía hasta un asilo de animales: faisanes de plumaje tan bello y brillante que parecía una coraza de metales preciosos; patos tan blancos y ligeros como nidos de plumas, caídos en el agua tranquila y azul; presuntuosos pavos, maternales gallinas, vigilantes perros, gatitos

mimosos, inquietos canarios, cerdos rollizos, ágiles cabras y lanosas ovejas, todos se encontraban como en su casa, tan a gusto como las golondrinas que anidaban en el tejado y que, aunque todos los inviernos se marchaban las pícaras, en busca de aventuras, volvían todos los inviernos, desengañadas, convencidas de que no había en el mundo una casa más hospitalaria ni una familia más buena.

Por la alegría y la paz que reinaban en la granja, Ricardito y Niní acudieron asombrados al



oír en el amplio portalón, que daba acceso al patio, un estrépito de lucha. Minuto y Morito, los dos gatos, terror de los ratones, defendían valientemente una gran cazuela de comida, que se estaban zampando tranquilos, cuando llegaron a disputársela los dos enormes mastines, que guardaban el ganado. La lucha fué violenta y desigual. Los gatos, encorvando el lomo, con el pelo erizado y los ojos como esmeraldas hechas ascua, saltaron a los ojos de los mastines, para dejarlos ciegos, pero los enormes perrazos, a zarpadas y mordiscos ahuyentaron a los gatos, que huyeron llenos de heridas.

Un gañán, encariñado con los perros, casi aplaudió la hazaña y dijo a los niños señalando a los mastines que devoraban la comida:

—Lo mismo pasa en el mundo: siempre el fuerte vence al débil.

—Es una triste verdad, que no siempre se cumple—respondió la madre de los niños—; pero no los toméis por modelo, porque los hombres que se aprovechan de su fuerza, de su dinero o de su suerte para robar o maltratar a los débiles, para sostener guerras injustas, se igualan a los más crueles animales... y vosotros veréis si preferís ser fieras o personas.



LA RANA Y LAS FLORES

El jardín botánico era el mejor paseo de la ciudad. Los árboles más extraños y corpulentos alternaban con las flores más bellas, trasplantadas de remotos países. Las estufas contenían una verdadera riqueza de plantas, criadas con tantos cuidados cual si fuesen niños enfermos asistidos por una madre cariñosa. En aquel paraíso vivían animales de Asia, Africa y América, desterrados también, como los árboles y las flores. Y parecían, si no felices, resignados y buenos. Hasta las fieras se iban amansando, porque todo puede dominarse y corregirse: la fiereza se ablanda, se sacia la gula, se estimula la pereza: lo único que no se vence ni corrige es la envidia, y la envidia atormentaba a una rana desde que, siendo un inmundo renacuajo, comparó

su fealdad con la belleza de las flores.

El paraje más encantador del jardín era un estanque, rodeado de plantas acuáticas; los azules y rosados lotos se mecían entre los nelumbos y los nenúfares, reflejándose en el agua, rizada por la brisa. Todo el mundo admiraba aquel rincón encantado, embellecido por las flores sagradas de la India y de Egipto. Sólo la rana se rebelaba, roída por la envidia. «¿Por qué no he de haber nacido flor, pájaro o mariposa?—gruñía con su croar desagradable.—¿Por qué he de oler a cieno mientras las flores perfuman el ambiente? ¿Por qué he de vivir hundida en la charca, mientras ellas se alzan hacia el cielo y reciben los besos del sol?» Pasaba horas y horas meditando venganzas y atentados contra las flores; mas, de pron-

to, experimentó una loca alegría. Las flores se deshojaban, temblando de frío, y la rana se ensañaba contra ellas hundiendo sus ligeros pétalos, que formaban guirnaldas sobre las aguas. Creyó que no volverían a nacer, que estaban muertas para siempre, se juzgó feliz y atronó el estanque cantando victoria con su voz cascada. Pero la primavera trajo, entre su tibio calor de nido, el desquite de las flores. Los lotos y los nenúfares volvieron a inclinarse sobre el lago cuyas ondas tranquilas copiaron, como un bruñido espejo, la nitidez y la galanura de las flores. La rana no pudo resignarse; creyó que nacían dentro de su pro-

pia mansión, que el agua se convertía en una pradera de lotos y nenúfares. Ya que no podía destruir las flores de la tierra, quiso acabar con las flores del lago, y llevó desde entonces la vida azarosa y anhelante que siempre lleva el envidioso; removiendo sin cesar el cieno para enturbiar las aguas, saltó vertiginosamente para turbar la serenidad del estanque, y, en uno de aquellos saltos verdaderamente mortales, se destrozó la cabeza contra una roca y cayó al fondo como un inmundo despojo, mientras las flores seguían perfumando el aire, recibiendo los besos del sol y reflejando su pureza en el espejo de las aguas.



BIBLIOTECA PARA NIÑOS

TOMOS PUBLICADOS

- | | | |
|---|--|---------------------------------------|
| Mi primera lectura. | El libro de las maravillas. | Cuentos de Grimm. |
| Horas felices. | Historias de animales. | Las famosas aventuras de don Quijote. |
| El mundo animal para niños. | El libro de los niños. | Cuentos de Perrault. |
| El amiguito. | Cómo juegan los niños de todo el mundo. | Fábulas de Esopo. |
| Escuela de animales. | A B C. El libro de oro de los niños. | Cuentos del abuelito. |
| Aventuras de animales. | La hija de Juan Palomo. | En vacaciones. |
| Los niños de otros países. | El aventurero. | Genoveva de Brabante. |
| El libro del nene. | La ciudad del oro. | Niños de todas clases. |
| Niños buenos y niños malos. | La isla desconocida. | Los dos hermanos. |
| Cuentos para niños. | El país de los antropófagos. | Eustaquio. |
| El país de las maravillas. | Los misterios de la selva. | Vidas de hombres célebres. |
| Cuentos de hadas. | Pirulete en el país del sueño y de la holganza. | Episodios históricos. |
| El mundo maravilloso. | Lecturas infantiles. | Cuentos y fantasías. |
| Mi libro favorito. | La voz de los niños. | Fábulas de Iriarte. |
| Episodios y aventuras. | Cómo viven los niños de otras razas. | Cuentos de Andersen. |
| Episodios de la Historia Sagrada. (Antiguo Testamento.) | Cómo trabajan y estudian los niños de todo el mundo. | Cuento de primavera. |
| Lecturas de la Historia Sagrada. (Vida de Jesucristo.) | Fábulas de Samaniego. | Mi mejor juguete. |
| Narraciones. | La nochebuena. | Para el nene. |
| Tardes de Otoño. | Robinson Crusoe. | Gulliver en el país de los enanos. |
| El mundo de los niños. | Lo que puede más que el hombre. | Gulliver en el país de los gigantes. |
| Las tribulaciones de Meterete. | Lo que somos. | Animales feroces. |
| Leedme. | | Animales domésticos. |
| Episodios de animales. | | Lecturas escogidas en prosa y verso. |
| Los hijos del héroe. | | |

BIBLIOTECA SELECTA

VOLUMENES PUBLICADOS

- | | | |
|-----------------------------------|---|---|
| 1. El molino de los pájaros. | 26. Rosina. | 53. El nido del pájaro. |
| 2. Corazones dormidos. | 27. Paquito el explorador. | 54. La cruz de madera. |
| 3. Flores de juventud. | 28. Desconocida aventura de Teresa Panza. | 55. El Gondsito. |
| 4. La vanidosa Alicia. | 29. El Angel. | 56. La condesa Ida. |
| 5. El espadachín. | 30. Ib y Cristina. | 57. Héctor Servadac (1.º) |
| 6. El heredero. | 31. El último sueño del roble. | 58. Id. id. (2.º) |
| 7. La fuerza del bien. | 32. El cofre volador. | 59. El maestro Zacarías. |
| 8. El sueño de Pepito. | 33. El tío «Cierra el ojo». | 60. Martín Paz. |
| 9. Juegos y hazañas de animales. | 34. La virtud del borrico. | 61. Cinco semanas en globo. |
| 10. Cuentos de Andersen. (1.º) | 35. Fábulas de Iriarte. | 62. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 1.º) |
| 11. Cuentos de Andersen. (2.º) | 36. En otros tiempos. | 63. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 2.º) |
| 12. La cabaña del tío Tom. | 37. La campana. | 64. Los Quinientos millones de la Begún. |
| 13. Robinson. | 38. Los forzadores del bloqueo. | 65. De la tierra a la luna |
| 14. El teatro de los animales. | 39. Una ciudad flotante. (1.ª) | 66. Alrededor de la luna. |
| 15. Verdades y fantasías. | 40. Una ciudad flotante. (2.ª) | 67. El «Chancellor». |
| 16. Mimos de niña. | 41. Miguel Strogoff. (1.ª p.) | 68. Las tribulaciones de un chino en China. |
| 17. El instinto de los animales. | 42. Miguel Strogoff. (2.ª p.) | 69. Una invernada entre los hielos. |
| 18. El amor y la guerra. | 43. Las Indias negras. (1.ª p.) | 70. Veinte mil leguas de viaje submarino. |
| 19. El premio gordo. | 44. Las Indias negras. (2.ª p.) | 71. La vuelta al mundo en ochenta días. |
| 20. Un ministerio de animales. | 45. El rigor de las desdichas. | 72. Viaje al centro de la tierra. |
| 21. La pícaro vanidad. | 46. Los huevos de Pascua. | |
| 22. Un charlot del mundo animal. | 47. La guirnalda de flores. | |
| 23. Un experimento del doctor Ox. | 48. La Paloma.—El Canario. | |
| 24. Un drama en los aires. | 49. El canastillo de flores. | |
| 25. Por mentir. | 50. El honrado Fridolin. | |
| | 51. La «Granja de los Tilos». | |
| | 52. Rosa de Tanemburgo. | |